

POR FIN TENGO UN AMIGO

Por fin tengo un amigo
otro pequeño imbécil como yo, sonriente
que no lee los periódicos
que no está preocupado
que no tiene opinión formada sobre Europa

Nos paseamos juntos
contándonos mentiras al andar, inventando
nombres nuevos para los barcos
que esperan en el puerto
bajo unas nubes que también esperan
y así ocupamos el espacio y el tiempo
a nuestra manera

Que vengan mañanas de aeroplanos blancos
la brisa, la mansa hierba
parejas que pasen
cogidas de la mano, volando

Y en esas nubes que también esperan
vemos figuras que de tan imposibles
ojalá existieran

Que vengan mañanas de aeroplanos blancos

los pinos, las olas nuevas

el sol que reposa

debajo de los charcos

Suena a lo lejos el ruido de un tren

y no tiene importancia si llega o se va

Del poema “Por fin tengo un amigo”, Gabriel Celaya

(Los avisos de Juan de Leceta, 1946)

La canción parte del poema tal cual, así que no hay mucho que explicar aquí. Supongo que a quienes resultamos ser un tanto “imbéciles”, o no tenemos unas herramientas sociales especialmente afiladas, nos gusta ver en este poema una catarsis en la que encontrarnos: siempre un roto para un descosido, alguien más que entiende y comparte nuestra manera de ver y de estar en el mundo.

He tenido que retocar aquí y allá los versos de Celaya para poder darle un poco más forma de canción, respetando en lo posible el original y tratando de mantener el tono del texto en las partes que he tenido que añadir. Salvando las distancias, claro. Espero que D. Gabriel no se revuelva mucho en su tumba.